

EL ESPÍRITU Y LA VIDA

Lo que llamamos “nuestro yo” no está solamente en nosotros. Está también fuera de nosotros. Está un poco en el yo de los que nos rodean, y en las fuerzas que nos circundan, y en la vida que nos agita y nos lleva y trae, como las olas a la barca. ¡La barca!... He ahí el más perfecto símbolo de la individualidad humana. Cada barca tiene su forma y sus condiciones propias para la navegación. Unas cortan mejor que otras el líquido elemento; unas son livianas, otras son pesadas; unas corren como flechas, otras se balancean lentas y gravitantes como la indecisión. Pero la fuerza que las mueve no está en ellas mismas. Las mueve la corriente, o el soplo del viento, o el brazo del hombre... La barca en sí es un instrumento por medio del cual y para el cual esa fuerza extraña se manifiesta, y el efecto de esta fuerza — su exponente — dependerá de las condiciones de la barca, así como de otras fuerzas que puedan contrariarla: si el brazo del hombre, el viento y la corriente; las corrientes, si el viento; el viento, si las corrientes. El espíritu humano no es más que el espíritu de la naturaleza soplando sobre la vela de una nave; el soplo del mundo pronunciándose en el sonido de una caña. La caña es el hombre; su sonido, su espíritu;

el viento que lo arranca es esa fuerza inmaterial, imponderable y dispersa que palpita en el cosmos y es uno de los elementos naturales, si no la síntesis de todos ellos. Suprimid la caña y el viento no podrá cantar, es decir, aquella fuerza del espíritu cósmico no podrá pronunciarse en forma de espíritu individual; suprimid el sonido — hay cañas que no suenan — y el viento en esa caña será mudo, inexistente; suprimid el viento... Las cañas no suenan cuando el viento no pasa. Y bien: la personalidad humana es todo eso. El espíritu se pronuncia por el cerebro; pero no viene solamente de nuestro cerebro; viene de más lejos y de todas partes. Es una resultante. Y así como la caña es imprescindible para que el viento haga oír por ella y en ella su voz, así también el cerebro es indispensable para que el espíritu humano exista y vibre.

No esperéis, pues, que un día, cuando nuestro cerebro se haya paralizado y nuestro organismo se disuelva en el universo inmortal, “nuestro espíritu” — ese sonido cerebral que nos individualiza — pueda volver a pronunciarse, a vivir, porque desaparece para siempre el sonido de una flauta cuando la flauta definitivamente se rompe.

EMILIO FRUGONI.